

ABELARDO M. GAMARRA
"EL TUNANTE"



¡¡ CIEN AÑOS



DE



VIDA PERDULARIA!!

1921



TIP. NACIONAL - H. IBAÑEZ
CALLE ABANCAY 239 - LIMA

Abelardo M. Gamarra

"EL TUNANTE"



Rasgos de pluma

Costumbres políticas

PELAGATOS y sus INSTITUCIONES

(Entre bastidores)

¡¡ Cien años de vida perdularia !!

"Toda regla tiene excepción".

"Arrojar la cara importa:
que el espejo, no hay por qué".

En este inmenso pajamar,
todos hemos arrojado nuestra latita.



LIMA

TIP. NACIONAL - H. IBAÑEZ - ABANCAY 230

1921

*A mis compañeros y amigos que
aún viven fundadores con Gonzá-
les Prada del partido Radical.*

A manera de prólogo

Los trece de la isla del Gallo, fueron los primeros gallos que pisaron estas comarcas.

Nadie habrá que sostenga que algunos de estos tres, ni todos juntos, reunían las condiciones, ni que mucho menos abrigaban el propósito de transformar a los hombres que encontraban en el Nuevo Mundo, aún suponiendo que a todos los hubieran encontrado en estado de barbarie, en hombres mejores, por el conjunto de aquellas cualidades y condiciones que impulsan al progreso y mejoramiento; y sí puede afirmarse que el modo de ser del Nuevo Mundo se detuvo y sufrió una transformación radical: como el que es desalojado de su casa y que de dueño pasa a esclavo: así fué la conquista.

Muy audaces, muy bravos e intrépidos los conquistadores; pero absolutamente a oscuras en cuanto a conocimiento de medios para el mejor éxito de los destinos humanos.

Sobre semejante base vinieron los siglos que sucedieron al de la conquista: el XVII y el XVIII; el primero, que sintetiza así un cronista: puede llamarse el siglo de las fundaciones y de los Autos de Fé. Recorriendo la Historia de la Colonia, se verá que fué en el siglo XVII cuando el fervor religioso de los colonos llegó al máximum, al furor, al fanatismo.

Se fundaron monasterios de monjas y conventos de frailes, ermitas, beaterios, capillas públicas y privadas; Casas de Regulares, iglesias, hospitalarios, Cofradías y Hermandades, en exceso tal, que los católicos Reyes de España, sus Virreyes y Arzobispos, en estas tierras de Indias, se vieron en la necesidad de expedir reales cédulas, pastorales y decretos para poner límite a Fundaciones y Congregaciones, que amenazaban convertir a la Capital en un monasterio y al Virreynato en sede de frailes y monjas; recojidas, beatas, novicias y donadas; santos y mártires.

Puede decirse, sin exagerar, que en cada calle había una iglesia, en cada esquina un convento.

Las donaciones, patronatos y fundaciones; los legados para obras pías, los censos para capellanías; las cofradías y casas de piedad, se fundaban con rapidez increíble. Las cláusulas testamentarias de los más ricos y acaudalados colonos de todo el Virreynato, legaban ingentes sumas para el soste-

nimiento del culto y las fundaciones pias.

Nadie moría tranquilo sin dejar asegurada la salvación de su alma con alguna fundación para misas. Todos, o casi todos los capitales, estaban impuestos a censo; cuyos réditos iban a engrosar las ya crecidas rentas de capellanías y patronatos. No había una sola familia, que en la colonia gozara de fortuna que no fundara una Capellanía, un Convento, una Casa de Ejercicios. Ni miembro más caracterizado, hombre o mujer que no fuera Prior o Abadesa de convento.

La clase media o criolla, hacía enormes sacrificios para el sostenimiento del culto. En los conventos vestía el hábito talar el hijo o el hermano. La plebe no quedaba rezagada: sus salarios, en mayor parte, eran empleados en limosnas y fiestas religiosas.

La colonia vivía en perpetuas fiestas: de los 365 días del año, 150 eran festivos, dedicados a Santos y Patronos. Cada familia tenía su devoción, y cada barrio su Patrono. Las procesiones, vísperas, novenarios, octavarios, fiesta de tabla, pascua, Semana Santa, carnavales, fiestas reales, santos de los Reyes, de la Reyna y Príncipes: llegada de Virreyes y salida de Arzobispos, llegada del "Cajón Real" del "Sello Real" y de las "Bulas cruzadas." La muerte de Reyes, Príncipes. Virreyes, Arzobispos y Obispos, El paseo del estandarte "Corpus Lignum Crucis", la elección de priores y abadesas de

los conventos, los Autos de Fé; la horca de los ajusticiados, todo en la colonia era motivo de fiestas, jolgorios y regocijos: luminarias, corridas de toros, paseo a Amancaes, moros y cristianos, jigantes y cabezudos, jugadas de gallos, príncipes indios, compar-sas a caballo, arcos triunfales, juegos de cañas y torneos de a caballo en los que tomaban parte el mismo Virrey y la alta nobleza.

Las campanas de las iglesias, a pesar de Reales Cédulas, pastorales y decretos, repicaban y doblaban desde el alba hasta el crepúsculo. Sinfonía que agradaba a nuestros abuelos y hacía el martirio de enfermos y agonizantes.

En el siglo XVII, el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición celebró en la Capital quince autos de fé.

Los más famosos fueron los de 1.605, 25, 39, 41 y 64. En el Auto de Fé del año 25 fué quemada doña Inés de Castro, mujer de rara belleza, notables energías. Murió relapsa, desafiando a los inquisidores.

Hubo Auto de Fé, como el celebrado el año 39, al que concurrieron 60 condenados.

En un solo auto, fueron quemadas vivas 10 personas.

La Inquisición juzgaba a los relajados, blasfemos, hechiceros, renegados, perjuros, herejes y judaizantes. Los Autos de Fé se celebraban en conmemoración de las grandes fiestas de iglesia; para la entrada del Virrey, nacimiento de Príncipes o coronación del Rey, o de la Reyna. Casi todos los Autos

en el siglo XVII, tuvieron por escenario la vieja plaza Virreinal, y fueron celebrados con gran boato y concurrencia.

El poder de los Inquisidores, en esa centuria no tuvo límites; y Virreyes, Obispos, Oidores, Cabildantes, Alta y Baja Nobleza, se doblegaban ante el inmenso poder de los sucesores de Santo Domingo de Guzmán.

La plebe temblaba ante la "Calesita Verde" de los Inquisidores y alguaciles del Santo Oficio.

Los jesuitas dominaron en absoluto en todo el Virreinato, durante el siglo XVII. Sus propiedades, a fines de ese siglo, se llegaron a avaluar en cerca de 3.000,000.000. Hombres tenidos por eminentes: grandes agricultores y mineros; eruditos teólogos, y oradores fueron sus adeptos.

Las famosas ferias, del no menos famoso Padre Castillo durante 40 años, han dejado renombre de santo y sabio al erudito jesuita.

El terremoto de 1656. Los continuos y fuertes temblores durante el siglo, arraigaron la fé en las almas sencillas de los colonos.

Las pestes y sequías sembraban el pánico y el terror en sus ingenuas almas. Creían que estas plagas eran castigo de Dios y aumentaban suplicios y penitencias, para calmar la ira divina.

Por las calles de la Ciudad Virreinal se veían penitentes descalzos con toscas jergas por hábito. Corona de espinas y cilicios. A imitación del Padre Castillo, se daban pláticas y hacían misiones en las plazas pú-

blicas. Los Autos de Fé aterrorizaban más a los ignorantes y fanáticos colonos. En las casas de ejercicios, en las noches se aplicaban disciplinas, y en las mañanas los “ladrillos pasteleros” amanecían con manchas de sangre de los Penitentes, que sin consideración a sus cuerpos, se aplicaban sendos y numerosos ronزالazos, con látigos, con púas de hierro. Muchos de estos penitentes se llagaban los cuerpos; cogían gangrena y morían en hospitales.

Las procesiones salían a diario desde la mañana hasta la noche. No pasaba día en la Capital sin que hubiera un Santo que celebrar. Había fiestas como la de Corpus y Semana Santa que duraban toda la semana.

Las familias de la aristocracia tenían «Capillas privadas» y las fiestas a sus Patronos eran celebradas suntuosamente.

Cada altar de iglesia tenía su «devoto» que generalmente era un potentado colono. Entre la más linajuda familia de la Colonia se hacía furiosa competencia de iglesias y altares. Para las grandes festividades y procesiones, el piso de calles y plazuelas era alfombrado con onzas y pesos y barras de oro y plata. Las cortinas de balcones y ventanas eran motivo de competencia; en las fiestas de Corpus de 1649 se exhibió una «sobrecama» de Manila, avaluada en cinco mil pesos.

Las imágenes en sus grandes festividades, lucían valiosísimas joyas, con que las adornaban sus aristocráticas devotas.

La clase media trabajaba para el culto. La plebe sostenía cofradías y hacía novenarios. La fiesta de la Cruz era del pueblo y los mayordomos, fastuosos y rumbosos se arruinaban, en la fiesta de un solo año.

El Virrey se confesaba y públicamente comulgaba en la «Fiesta de Tabla». Cada familia noble o criolla tenía su «Director Espiritual», según su rango, que realmente era el jefe y consejero del hogar. No se hacía negocio de ninguna clase. No se contraía noviazgo ni se hacía un matrimonio. No se emprendían viajes. «No se movía la hoja de un árbol en tiempo de la colonia, sin la voluntad del «Director Espiritual».

Respecto del XVIII, dice otro cronista: en una sociedad como la de ese siglo, que se divertía públicamente casi medio año, según el minucioso y verídico General Mendiburu; en un ambiente de inercia material y moral, en que los artesanos y jornaleros no querían trabajar los dos o tres primeros días de cada semana, y en que los oficios eran considerados por los criollos como degradantes el producto natural y necesario de ociosidad tan grande fué el chisme para la vida ruín.

En este medio ambiente, formado por el fanatismo, la ignorancia y la ociosidad, surgió la independencia, a impulso de espíritus generosos, y a impulso de aquella ley inmutable del Bien, que es para la vida de la humanidad, como es para la vida física el centro de gravedad de los cuerpos, y sobrevino la República: la lucha fué heroica,

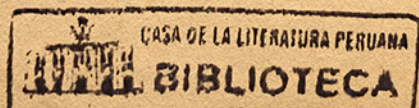
pero la organización informe: como los que se unen para constituir familia, sin más programa que el de Larra: «contigo pan y cebolla»: los hombres dirigentes y los pueblos dirigidos, sólo hablaban de libertad: pero la Libertad, es como el espacio en el que subsisten desde el microbio hasta los mundos invisibles: condición *sine qua non*; pero dentro la Libertad, para la regular existencia de todos y de todo; hay leyes de justicia y armonía, de las que se debe cuidar como del fiel de las balanzas. Sin mayores preocupaciones pasó el primer cuarto del siglo XVIII para los fundadores de nuestra independencia; guerreando el segundo; como niños en vacaciones, y el resto en calaveradas permanentes infiltradas en todas ellas las carcomas de los tres siglos llamados con justicia «de horror».

No será extraño, pues, que los tipos y manera de ser que en este libro presentamos, transparenten la atmósfera en que se formaron, y en que continúan subsistiendo, hasta que una mejor comprensión de lo que debe ser la vida colectiva e individual transforme, por fin, esto que es abigarrado y a la vez monstruoso e inícuo, en lo grande, sólido, proficuo y verdadero, como desde los Estados Unidos del Norte, hasta los que deben ser Estados Unidos del Centro y Sur, todo igual y grandioso, feliz y fraternal, digno del hombre, es urgente que sea. La maldad que viene de muy lejos, tiende a petrificarse: hay que romperla, que propender con

infatigable tesón a destruirla y desaparecerla; y hay que esparcir lo Bueno, lo Verdadero y Bello como los antídotos y desinfectantes se esparcen en las regiones infectadas.

Los pueblos de Pelagatos

De todas las Repúblicas de América quizá ninguna es de producción potencial más poderosa y más variada: tres materias bastarían para testificarlo, de aquellas que ha tenido, puede decirse, a flor de piel; el guano, el salitre, y el petróleo: la potencialidad latente de este país es verdaderamente colosal: y un mar inmenso con bahías incomparables en su costa; y ríos profundos y caudalosos en todo su interior y sus montañas; para ser abiertos al tráfico del mundo, como lo dijo el sabio: «inmenso banco de oro sobre el que se sienta un mendigo» síntesis de expresión gráfica y verdadera, pues sólo hay un producto maleado. que es el hombre, y de aquí que sean los pueblos de su costa como muestrario de colosales poblaciones apenas diseñadas por cultura embrionaria; y en el interior, en las faldas o altiplanicies de gigantesca cordillera, poblaciones como si dijéramos, mendicantes, con casas de primitiva arquitectura, de tapial o de adobe, y alrededor de más de una casa un muladar, a veces más grande que la casa; algún cerco de espinos, o los restos de alguna otra casa; y por las llamadas calles o sea encrucijadas formadas de muladares en batalla, pacen tranquilamente burros, vacas y cerdos, y



escarban, a toda hora, gallinas que parecen salvajes, sin dueño ni corral, y gallinazos que parecen civilizados y dueños del pueblo. Uno que otro transeunte pasa, de vez en cuando, como cazador extraviado, entre aquel hacinamiento de arbustos, de pedrones, de espinos, de casas, de animales y de basuras.

Durante las mañanas y al calor de los rayos de un sol pálido, como cara de terciariento, levántanse quebrada arriba, como mangas de gigantescas humaredas, columnas de neblina, y entonces Pelagatos semeja mil restos de pontones abandonados en el inmenso océano.

Esas horas, que suelen ser las más deliciosas en cualquier parte del mundo, son las más tristes en Pelagatos, pues el frío de la mañana parece petrificar a sus habitantes: los asnos permanecen con las orejas gachas, como figuras de granito, colocadas de trecho en trecho; las gallinas y los cerdos aún no se animan a salir fuera del dintel de las puertas de calle, en las que las viejas y viejos del lugar, acurrucados, parecen espiar algo que jamás llega.

Vamos a la parte moral, o mejor dicho, vamos a la parte inmoral.

Pelagatos es un pueblo de ociosos. Al segundo día de mi llegada a él, ví muy de mañana, agrupados en las tiendecitas de la población a multitud de gente, y preguntando a un vecino en qué se ocupaban todas aquellas agrupaciones, me contestó que en

«*hacer la mañana*»). Yo me figuré que aquello fuese una obra pública, pues las autoridades presidían las ya dichas agrupaciones; mas el vecino sonriendo, me hizo saber que «*hacer la mañana*» era empinar el codo: quedamos enterados. Hasta las diez del día los habitantes de Pelagatos hacen la mañana! y desde las diez, la mañana los hace a ellos; pues una vez en bomba, cada cual hace de las suyas. Puede considerarse a las autoridades, el cura inclusive, como primeras copas, y a todos los demás como primeros vasos.....

Creía yo que en lugar tan pequeño no hubiese ni asomos de partidos políticos; pero a los dos días de hallarme en Pelagatos supe que sus habitantes estaban divididos en dos bandos, el partido de los *churgapes* y el partido de los *cungules*. Cuando los *churgapes* son partidarios del gobierno, los *cungules* son enemigos de los *churgapes*; y cuando los *cungules* son partidarios del gobierno los *churgapes* son enemigos de los *cungules*; en una palabra, los *churgapes* son enemigos de los *cungules* y los *cungules* son enemigos de los *churgapes*. Indagada la causa de semejante antagonismo, creí que tal vez los unos fuesen liberales y los otros ultramontanos. «Aquí todos somos liberales», nos dijeron individuos de uno y otro partido; “y en cuanto a eso de *ultramontamos* también *montamos* todos.” Averiguada, pues, más a fondo la causa de aquella rivalidad, llegamos a sacar en limpio que son tres las que

la originan: la gobernación, la alcaldía y la judicatura. Cuando el gobernador es churgape, ha de ser churgape el alcalde y churgapes los señores jueces; y por ser gobernador, alcalde o juez, churgapes y cingules andan en zinguizarra permanente, y no se oye en el pueblo otras noticias que las siguientes: “ya mataron a tres churgapes”; o bien: “han asesinado a seis cingules”—“ya se alzaron los churgapes y vienen bien armados a desollar a los cingules”; ya “los cingules van a descuartizar a los churgapes.” “¡Vivan los cingules!”, se oye de noche por las calles. “¡Mueran!” responden otros, y las pedradas siguen a las aclamaciones, y los tiros y las palizas menudean; al día siguiente se oye: “ya mataron a Fulano, churgape; ya murió Zutano, cingul.” Unas veces se arman los unos y rompen las puertas de los otros, y otras veces los otros rompen las puertas de los unos, así es que últimamente han adoptado la medida de dejar las casas sin puertas; y no habiendo puertas que romper, rómpense las costillas y las cabezas.

El derecho de propiedad ha desaparecido por completo. Supóngase usted que posee una mula y un macho; una vaquita y un torito—«venga la mula para ir sobre ella a frotoconizar a los churgapes, dicen un día los cingules: «venga el macho para ir sobre él a descuajaringar a los cingules»; dicen al día siguiente los churgapes «venga la vaquita para rancho de los cingules», vuelven

a decir éstos; «venga el torito para rancho de los churgapes,» añaden los otros; y de este modo, como a viajero en despoblado, no dejan camisa al infeliz trabajador; y es lo peor del caso, que como a cada maja que se dan estos benditos, ellos mismos se conceden ascensos, resulta que en el día, churgapes y cungules todos son coroneles.

Tan encarnizadamente pelean churgapes y cungules, que tememos les suceda lo que a los dos perros furiosos aquellos que se devoraron mutuamente, y de los que en el campo no quedaron sino las colas.

Embriaguez de chicha y embriaguez de sangre; ítem embriaguez de pereza; he allí en resumidas cuentas, la vida de este desventurado Pelagatos.



